

TE PRESENTO A TOMÁS

Verás, Tomás era un chico normal. Lo más peculiar por aquel entonces era que tenía una hermana melliza, Ana. A veces las familias suelen educar y vestir a los mellizos de forma similar. Esto no ocurrió en el caso de Anna y Tomás. Él era un chico y ella una chica, y sus padres, provenientes de una familia normal, “los educaron como tal”. Ya en el momento de nacer su padre cogió a ambos bebés y miró con orgullo y fortaleza a Tomás, y con dulzura y ternura a Ana. Desde muy pequeños, Tomás solía vestir ropa deportiva con la que podía correr, revolcarse por el suelo y mancharse sin miedo a que le regañaran. Ana, por el contrario, llevaba falda o vestido, colores pasteles y zapatitos claros. Ella no podía moverse y jugar cómo lo hacía su hermano. “¡Mira cómo te has puesto el traje nuevo! ¿Quieres sentarte bien como las demás niñas?”, le regañaba su madre.

Ya en el colegio, el padre de Tomás lo apuntó a fútbol, incluso sin ni siquiera preguntarle. Ana sí que quería apuntarse, pero no se le estaba permitido. Su padre le decía: “el fútbol no es para las niñas”. Ana lloró, pero su madre la consoló apuntándola a baile. Además, en las películas de su infancia, Ana descubrió cómo una princesa llamada “Blancanieves” era castigada por su belleza y se dedicaba a cuidar de la casa y de los enanitos. Por el contrario, a Tomás le encantaba “Hércules”, pues también soñaba con ser un héroe verdadero. Recuerdo que, en una ocasión, Tomás se pintó las uñas jugando y cuando su padre llegó del trabajo le gritó: “¡Quítate eso! ¡En mi casa no quiero homosexuales!” Y, cuando los niños tuvieron edad para ayudar en casa, Ana lo hacía, Tomás no. “¿Por qué mi hermano puede ver la tele con papá y yo tengo que ayudarte a recoger la mesa después de comer?” –le preguntó un día Ana a su madre, a lo que está respondió: “Porque tú algún día serás la mujer de tu casa”. Más tarde, cuando los niños comenzaron a salir con sus amigos, el padre le decía a Tomás: “Cuida de tu hermana, vigílala y que no le pase nada, que no se le acerque nadie”. A él no le gustaba que su hermana llevara minifaldas o tops muy ajustados. “Es que vas provocando. ¿Quieres que se aprovechen de ti?”

Sin embargo, la cuestión es que mientras los niños crecían observaban cuál era el rol de sus padres dentro de la familia. Su padre trabajaba “para traer el dinero a casa y mantener a su familia” como él siempre les decía. Su madre era ama de casa. Criaba a los niños, hacía la comida, mantenía la casa limpia y ordenada y atendía a su marido. Cuando a veces la comida no estaba lista a tiempo él le decía delante de los niños: “Solo te pido una cosa y es llegar del trabajo y tener la comida hecha y ni siquiera está la mesa puesta”. O cuando el mono de trabajo no estaba listo para el día siguiente le chillaba: “¡Eres una inútil! ¿Cómo quieres que vaya al trabajo mañana si no eres capaz de plancharme el mono? ¿A caso esperas que lo haga yo?” A veces, por las noches, él se ponía violento con su esposa y ella procuraba que lo que tenía que pasar, pasara en la cocina para que sus hijos no se dieran cuenta. A veces la discusión se acababa con un golpe y Tomás podía dormir. A veces su madre se quedaba llorando, y entonces el pequeño ya no era capaz de conciliar el sueño.

Pero la familia no fue la única que puso su grano de arena de esta triste historia. Tomás veía mucho la televisión y no era tonto. Sabía que las niñas juegan con las cocinitas y los niños con camiones. Sabía que los hombres eran los protagonistas de las películas de acción y

de tiros, y que a las mujeres les gustaban los romances y dramas. Si en el colegio alguna chica jugaba al fútbol con él y sus amigos, Tomás se reía y le decía: "¡Eres un chico!". Sus amigos lo apoyaban. La profesora tampoco protestaba. Además, él creció observando cómo los triunfadores eran mayoritariamente hombres, los políticos, los jefes de las grandes compañías... Y tampoco podemos decir que Tomás tomara muy buenas decisiones en su vida. Le costaba mantener una relación sentimental, no sabía ser fiel y no entendía las libertades que se tomaban sus parejas. Por eso, solo había tenido relaciones esporádicas. Hasta que Clara llegó a su vida.

A sus treinta años, Tomás era guapo. Oh sí, era muy atractivo. El tierno hoyuelo que se formaba en su mejilla izquierda al sonreír se confundía con su pícaro mirada, capaz de desnudar a la persona más tímida. La intriga y deseo que su expresión facial transmitían era algo tan mágico como perverso. Quizá ese debería de haber sido el primer signo de alerta. Pero, ¿quién iba a juzgar a una persona por su atractivo físico? Qué tontería. Tomás necesitaría algo más. Cuando se conocieron en aquel pequeño café de la esquina, citados por una red social, ambos se prendaron del otro al instante. Después llegó el idilio, los primeros hermosos años y la promesa de una vida juntos cargada de amor y aventuras sellada con dos anillos.

Sin embargo, eso fue hace mucho. La relación con el tiempo cambió y en el presente Tomás cumple una condena por malos tratos a su esposa Clara. ¿Que cómo ocurrió todo? Pues... Ella llevaba tiempo queriendo abandonarlo, pero Tomás siempre la convencía. Hasta que un día parecía que se iba a ir de verdad. Ahora, en prisión, nuestro protagonista se lamenta de haber herido a Clara y se aísla en sus pensamientos mientras pasa la noche en su celda como cada día. "Yo la quería –piensa– Tenía tanto miedo de quedarme solo... Discutimos y no pude controlar la rabia. Si tan solo pudiera volver al instante dónde aposté por este maldito destino..."

De repente, bajo la oscuridad de la celda y, sin hacer apenas ruido, la pared se abrió descubriendo una habitación anexa. Tomás, desconcertado, cruzó al otro lado y un brillo azulado cegó su vista. Sintió frío, parecía haber abandonado su cuerpo, pero lo más extraño fue lo que vio: la pared del fondo estaba formada por un muro de pequeños cristales y dentro de ellos, parecía haber personas que se movían. Se acercó más y volvió a mirar. Había recuerdos. No podía ser verdad. En la pared estaban los recuerdos de toda su vida.

Y es que allí, en los cristales azulados, como si de un sueño se tratase, estaba él con su hermana Ana de pequeño, y su diferente educación. Estaba su padre agrediendo a su madre. Estaba su colegio, sus amigos, sus amores despechados. Estaban los medios de comunicación, incluso los acontecimientos sociales de los que fue testigo. Y también estaban sus malas y conscientes decisiones. Entonces, Tomás se acercó a un recuerdo de su adolescencia en el aparecía él prohibiéndole a su novia verse con otros chicos. Y lo tocó. De repente el cristal se rompió. Un golpe sacudió fuertemente su pecho y una sensación clarificadora se apoderó de él. En ese momento Tomás entendió cómo esa mala decisión, ese recuerdo aislado, había contribuido de una pequeña forma a entrar a prisión. Y tocó otro recuerdo, y lo rompió. Y así fue tocando y haciendo añicos cristales, agrandando cada vez más su corazón hasta que no quedó pared. Finalmente, casi por arte de magia, pudo ver cómo cada una de esas situaciones,

pensamientos y decisiones, había contribuido en parte a sentirse superior a Clara, a sus creencias distorsionadas sobre las mujeres y a su comportamiento violento y controlador.

Y ahí se quedó Tomás, en esa habitación oscura, pensando. Quizá, si todo esto fuera un sueño, hubiera podido volver al momento en el que conoció a Clara en aquel pequeño café de la esquina. Y con el conocimiento de todos esos cristales rotos, quizá, solo quizá, pudiera haber cambiado las cosas y haber tenido una vida feliz para él y para las personas que lo rodean.

Pero esperad, no os vayáis aún, porque también existe otra opción. Imaginad que en cada uno de los momentos de discriminación y trato desigual entre un hombre y una mujer, o en cada uno de los momentos de abuso de poder y violencia, hubiera algo que nos chirriara en nuestro interior. Que hubiera un cristal que se rompiera, que nos hiciera sentir lo injusto que es nuestro comportamiento cuando discriminamos y hacernos entender las consecuencias que una inocente acción pueda tener en el futuro. Además, sería maravilloso que también nos diéramos cuenta no cuando somos partícipes, sino también cuando observamos una desigualdad de género en nuestros padres, amigos, profesores, superiores. Imaginad cómo sería el poder decir basta, el poder hacer entender a la otra persona las consecuencias de sus acciones.

Y es que, a mi parecer, creo que cada vez más son los momentos en los que estas desigualdades nos chirrían en nuestro interior. Situaciones que antes nos parecían normales – como que la mujer sea ama de casa, que sea discriminada en los medios de comunicación o incluso la violencia intrafamiliar- ahora no nos lo parecen, ahora decimos basta. ¿No os parece? Además, esto no debe de parar aquí, sino que nuestro conocimiento debe de ir creciendo. Y para ello debemos apoyarnos los unos a los otros, mediante la educación, el respeto y la visibilidad.

Dicho esto aquí acaba mi redacción. Este mensaje va para los futuros Tomás, para mí, para ti, y para cada persona que tiene la potestad de pensar, educarse y elegir. Y yo he querido poner mi granito de arena en este 8 de Marzo transmitiéndolo de la mejor manera que sé. Escribiendo.